

Presentación de *dossier*

Breve nota sobre las filosofías socráticas y la cultura popular

RODRIGO ILLARRAGA

Acaso la marca de toda tarea filosófica sea la pregunta por el origen, la búsqueda de un principio a partir del que poder construir de forma estable. Esta breve presentación de *dossier*, tiene como gesto un retorno al pensamiento antiguo que viene a reparar ese ejercicio propio de la filosofía, el retorno al principio. Las filosofías socráticas tal vez sean ese momento fundacional en donde es preciso emprender una tarea prospectiva que, brindando un muestreo de capas sedimentadas, permita diagramar la construcción de nuevas estructuras.

En el contexto de las filosofías socráticas está la misma definición de filosofía, el debate en torno a qué es y cómo es “filosofía”. Si la tradición más reduccionista, propia de una historia de grandes hombres, ha hegemonizado en Platón el lugar de heredero de Sócrates, un estudio detallado del círculo socrático permite ver en esa supremacía el resultado final de una faena pugilística. Allí, en ese nutrido plexo de filósofos compuesto, entre otros, por Antístenes, Aristipo, Fedón, Esquines y Jenofonte, se contentió el sentido y características del término acuñado por Isócrates: *philosophía*.¹ Es a este marco, la piedra angular de la Filosofía, que queremos regresar para signar la lectura de los artículos que componen este *dossier*.

La distancia con el momento grecoclásico nos lleva, irremediablemente, a mirar el fenómeno heleno con un extrañamiento radical. No nos separa solo un abismo cronológico. A los más de dos milenios se suma el peso de la tradición, que reconoce en la Atenas del siglo IV a.C. una de las instancias fundacionales de la cultura occidental. Así, la aproximación usual a este período tiende a estar signada por cierta actitud adusta, casi de temor reverencial: como quien entra a un espacio sacro, el que se aproxima por primera vez al mundo griego lo hace entendiendo la veintena de siglos que nos separan

¹ Véase Nightingale, 2004, esp. cap. 2.

de él como una marca de alteridad en donde reina un carácter insigne y austero. Si la Hélade es un espejo especialmente emblemático, el brillo de su eminencia nos frunce el ceño: corremos el peligro de dialogar con nuestro pasado reflejo con la embelesada cautela romántica de un Percy B. Shelley declarando que “todos somos griegos”, a que con la soltura de un intercambio sin miramientos ni cuidados, como los que han establecido, entre otros, el posestructuralismo.

Acaso quien de mejor forma ha expresado esto haya sido Umberto Eco, en su notable *El nombre de la rosa*. Jorge de Burgos –ese Jorge Luis Borges oculto tras bambalinas tardomedievales–,² nos enseña la falta que debemos esquivar: la austeridad de los clásicos, como *rictus grave* y *cetrino*, está más en la (muy difundida) imaginación quienes ven en la severidad el índice de lo reverencial. Quienes, como el ciego burgalés, ven en los principios de la filosofía este gesto (“¿cómo habría reído el Filósofo? ¿Cómo su divino rostro habría sido desfigurado con las groserías del vulgo?”), encuentran allí el argumento para hacer de la disciplina una práctica de pocos. “Quien entiende no ríe” es la sentencia que opera en esta lógica. Así se conforman dos continuos, donde en la torre de marfil unos pocos serios iluminados desprecian el contacto con lo que entiende como la plebe, entendida como conjunto variopinto e irreflexivo. Debemos, entonces, resaltar lo que debería ser una trivialidad: en lo que es leído como su momento genético, la filosofía estuvo atravesada por elementos de la cultura popular.³

Quizás el acceso más inmediato que tengamos, en lo que respecta al grupo socrático, es la forma misma de la producción filosófica. Si Sócrates se refugió, al modo de los poetas tradicionales, en la inmediatez de la oralidad,⁴ los primeros socráticos fueron inventores de un modo literario que pretendía recuperar la cotidianeidad e inmediatez de estos encuentros. Hablamos del género “diálogo socrático”, un tipo de narración identificada por Aristóteles, posiblemente inventado por Antístenes o Esquines, luego también practicada, entre otros, por Platón y Jenofonte.⁵ Estos *sokratikoi logoi* tienen su origen en los mimos sicilianos de Sofrón y Jenarco, obras que intentaban reproducir la vida cotidiana en clave lúdica, en una forma cercana a lo que

² Eco, 1984: 14.

³ Evitamos entrar aquí en el extenso debate en torno a los problemas, definición y complejidades de la categoría de “cultura popular”. Con este concepto nos referimos a producciones a las que tiene acceso el público general o, si se quiere, un público más amplio que reducidos sectores de élite.

⁴ Véase Ong, 1982: 82 y ss. Para esta cuestión en relación a Platón, véase Hatab (2007) y Solere (2007).

⁵ Véase Clay, 1994.

sería, más de un milenio después, la *commedia dell'arte* italiana.⁶ De este modo, el lector de obras como el *Hierón* jenofonteo o el *Fedón* platónico no tenía entre sus manos tratados a ser tomados reverencialmente, sino más bien textos que intentan acercar debates e intercambios en una clave familiar donde abundan intensos juegos dramáticos, gestos cómicos y lúdicas referencias anecdóticas a la coyuntura en donde se insertan. En cuanto al aspecto literario de la obra de los filósofos socráticos, también se ha insistido en los nexos entre Platón y Aristófanes (su protagonismo en el *Banquete*, el nexo entre la comedia *Asambleístas* y *República*),⁷ y también la influencia de la *Ciropedia* de Jenofonte en la configuración de las posteriores novelas griegas antiguas de gran difusión popular (notablemente, las *Aventuras de Quéreas* y *Calíroe* de Caritón).⁸

La misma recolección de los vínculos entre los filósofos socráticos tiene cierto aspecto cómico. Lo que podemos recuperar a partir de *El Banquete de los sabios* de Ateneo, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres* de Diógenes Laercio, o los ejercicios tardíos de reconstrucción que se pueden observar en las *Cartas socráticas*⁹, nos muestran un panorama ajetreado, pero en donde la viva disputa está signada por el humor. Las respuestas cargadas de ironía y humor (“Veo el caballo y no la caballeidad”, le dice Antístenes a Platón, “Lo difícil no es entrar al burdel, sino salir de él”, señala Aristipo¹⁰) no solo dejan consignada la herencia de la sagacidad de Sócrates, sino que también hablan del público lector de estas recopilaciones doxográficas: quienes leían sobre filosofía buscaban, además de fortaleza argumental y solidez teórica, disfrutaban de estas anécdotas y bromas que aparecen constantemente como un dato prácticamente necesario de la producción teórica del grupo.

Respecto de los contactos entre filosofía y cultura popular también podemos señalar el lugar que ocupa el diálogo con la poesía tradicional, que constituye uno de los pilares de la cultura y educación griega. Si bien en una lectura rápida esta situación puede quedar reducida a una posición subestimadora muchas veces encontrada en las críticas a la poesía de los libros II y III de la *República* de Platón, los vínculos son más complejos, y esa complejidad da cuenta de la riqueza de la interlocución entre los

⁶ Véase Melero, 1981-83

⁷ Véase Capra, 2010, introducción.

⁸ Véase Tatum, 1989: 36 y ss.

⁹ Véase Mársico, 2012.

intelectuales socráticos y otras tradiciones populares de amplia difusión. Es a partir de este juego complejo, que implica distintas evaluaciones y usos, que debemos entender las constantes menciones a épica y tragedia que signan todo el *corpus* de los filósofos socráticos. Desde esta óptica debemos recuperar, por ejemplo, los ejercicios antisténicos respecto de la *Odisea*, donde se intenta mediante un análisis profundo del lenguaje, recuperar el verdadero sentido de la obra homérica, no siempre transparente frente a una lectura descuidada, no filosófica.

Desde estos gestos de las filosofías socráticas queremos que sea leído el presente *dossier*: no como una colección de textos ajenos a la disciplina, sino como trabajos que recuperan esa primigenia tradición filosófica que entiende que solo a través de interpelar el contexto contemporáneo es posible dinamizar el impacto de nuestro trabajo intelectual. Al modo socrático, los artículos que componen esta serie no han olvidado rigor bibliográfico ni solidez argumental; al contrario, desde las distintas áreas disciplinares a las que pertenece cada autor se han abordado problemas señeros utilizando como acceso uno de los elementos más insignes de la cultura popular: la producción audiovisual. Aquí traemos, pues, investigadores que durante un recreo de su producción al público especialista han hecho suyo un trabajo esquivo y esquivo: intentar, siguiendo el ejemplo clásico, aunar sus reflexiones con el mundo popular que los rodea.

Bibliografía

- Capra, A. (2010). *Donne al parlamento*. Roma: Carocci.
- Clay, D. (1994). "The Origins of the Socratic Dialogue". En Vander Waerdt, P. (ed.), *The Socratic Movement, Ithaca and London*, Cornell University Press.
- Eco, U. (1984). "Apostilla a *El nombre de la rosa*", *Anàlisi*, 9, pp. 5-32.
- Hatab, L. (2007). "Writing Knowledge in the Sould: Orality, Literacy, and Plato's Critique of Poetry", *Epoché*, 11, pp. 319-332.
- Mársico, C. (2012), *Socrates y los socráticos*. Cartas. Buenos Aires, Miluno.

¹⁰ Para revisar el material disponible de los filósofos socráticos, véase Mársico, 2013 y 2014.

- Mársico, C. (2013). *Filósofos socráticos, Testimonios y fragmentos I. Megáricos y cirenaicos*. Buenos Aires: Losada.
- Mársico, C. (2014). *Filósofos socráticos, Testimonios y fragmentos II. Antístenes, Fedón, Esquines y Simón*. Buenos Aires: Losada.
- Melero, A. (1981-1983). “El mimo griego”, *Estudios Clásicos*, 22, pp. 11-38.
- Nightingale, A. (2004). *Spectacles of Truth in Classical Greek Philosophy*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Ong, W. (1982). *Oralidad y escritura, Buenos Aires*. Fondo de Cultura Económica.
- Solere, J.L. (2007). “Why did Plato Write?”. En Draper, J. (ed.), *Orality, Literacy and Colonialism in Antiquity* (pp. 83-91). Atlanta: Society of Biblical Literature.
- Tatum, J. (1989). *Xenophon's Imperial Fiction. On the Education of Cyrus*. Princeton: Princeton University Press.